

Clase: La Argentina agroexportadora: características centrales de un modelo en expansión

A cargo de Patricia Flier

La Argentina entre los años 1860 y 1930 ha recibido distintas denominaciones conforme el ángulo de observación elegido. Se la ha categorizado como la Argentina “agro-exportadora o de crecimiento hacia afuera”, en razón de la colocación de los productos del campo en los mercados europeos; la Argentina del “Régimen Oligárquico o Conservador”, por el control político ejercido por unos pocos sobre la mayoría de los ciudadanos, con las restricciones y las prácticas políticas fraudulentas que el régimen estableció, o también la Argentina Aluvional, por el período de inmigración masiva y sus cambios en el orden social ante la llegada de miles de personas.

Se trata de un período histórico donde se produjeron profundas transformaciones y algunas continuidades, expansión económica, rupturas y conflictos. En los orígenes de esta Argentina moderna podemos visualizar una etapa de “acomodamiento”, que tiene como punto de partida la batalla de Pavón y culmina en 1880, con la conquista del desierto y la federalización de Buenos Aires. Son los tiempos en que los hombres de la organización nacional tuvieron en cuenta dos factores determinantes para la modernización del país: fomentar la inmigración e incorporar capitales externos, con carácter de préstamos o de inversiones, con el propósito de aplicarlos a la ganadería, la agricultura y algunas industrias de ellas derivadas condicionándolas a las nuevas perspectivas que se ofrecían al país.

Para lograr que la mano de obra y los capitales arribasen era necesario imponer orden e instaurar la paz; también crear una legislación nacional adecuada, porque si bien el país tenía una Constitución, el derecho civil, el comercial y el penal seguían rigiéndose por leyes y disposiciones heredadas de la Colonia.

Para la pacificación interior se utilizó al ejército nacional, que sofocó toda resistencia a la modernización. Con violencia, empleando el Remington, el telégrafo y una estrategia moderna, se aniquiló al indio, conquistando 15.000 leguas cuadradas para incorporarlas al nuevo modelo de acumulación; e impuso a Buenos Aires como capital de la República.



Fotografía tomada por Antonio Pozzo del Ejército Argentino en la ribera del río Negro, 1879.

En 1880 se cerró esta etapa inicial de acomodamiento y se dio paso a una Argentina articulada y moderna. Fue también el momento de la nueva generación, que ya había participado y en algunos casos de modo decisivo, en la etapa previa. El desafío de estos hombres fue consolidar lo actuado y profundizar sobre aquello que no se había podido efectivizar aún.

La República Argentina dejaba atrás su fisonomía pastoril, criolla y se convertía en un país agropecuario, moderno, aluvional, receptor de capitales externos y de mano de obra abundante y barata para emprender el cambio. El país conformó sobre estas bases su mercado nacional, con una sólida alianza entre los importadores, exportadores y ganaderos porteños y las oligarquías provinciales, al tiempo que se insertaba en el ámbito internacional como proveedor de materias primas agropecuarias. Son éstos los parámetros entre los cuales se desarrolló el “positivismo en acción” que ejecutó esta generación de liberales en lo económico y conservadores en lo político (Girbal 16).

En medio de la “paz y la administración” propuesta por el residente Julio A. Roca, el “progreso” positivista es visto por los dirigentes del 80 como posible e infinito. En este país de enormes extensiones, tras el aniquilamiento indígena se afirma la concentración de la tierra en pocas manos presentándose como un símbolo social, base del poder político y sustento de la producción agropecuaria. Es un factor indiscutible del “progreso”.

La Conquista del Desierto integró la agenda de gobierno y ocupó un lugar estratégico para la marcha del programa económico y político; finalizada en 1881, permitió la incorporación de 15.000 leguas al proceso productivo, en tanto que el ejército argentino fue el responsable de someter y aniquilar a 14.000 aborígenes.

Los grandes terratenientes, aliados naturales de la elite gobernante utilizaron las fuerzas del Estado en beneficio de su clase. Las tierras incorporadas al cultivo no fueron a parar a manos de los colonos, sino que en su gran mayoría se dedicaron a la ganadería extensiva, en propiedades de los grandes terratenientes. (Gallo, E. y Cortés Conde, R.: 42-46)

Esta Argentina moderna estaba conducida por una elite oligárquica, con capacidad de control económico, vinculada al quehacer mercantil y agrario, con espíritu de cuerpo y conciencia de tal, que se integró a partir de un tipo de hombre público específico, a los que Natalio Botana denomina como categoría "notables". (Botana: 76)

En la cúpula de esta "alianza de notables" Bartolomé Mitre, Julio A. Roca y Carlos Pellegrini conforman, ya en las postrimerías del siglo XIX, el triunvirato político que habría de dirigir los destinos nacionales hasta los umbrales del siglo XX, como expresión concreta del predominio de la tendencia más conservadora del seno de la oligarquía en los planos de conducción.

De esta elite provenían todos los gobernantes y políticos del ámbito nacional y provincial. En las campañas electorales, la minoría gobernante se apoyaba en el respaldo popular de vastas "clientelas" de votantes, que dependía de las familias y de los grupos mandatarios. El respaldo de la "clientela" lo reclutaban, generalmente, los caudillos locales, que obraban al servicio de los grupos políticos. Se trataba de una actividad política sumamente restringida, de la que se hallaba alejada la gran mayoría de la población nacional. La situación se vuelve un poco más comprensible cuando se observa el trasfondo del proceso social. El fraude y la violencia fueron parte integral del proceso constitucional. Así, las viciadas prácticas electorales provocaron la apatía de la población nativa, que miraba con escepticismo las distintas actividades de la vida electoral. A esta circunstancia se sumó la abstención del elemento extranjero que no recibió la ciudadanía argentina, y que por lo tanto no participó de la lucha electoral, sin que ello implicara la ausencia de otro tipo de participación en la configuración de una ciudadanía política¹.

¹ Ver: Cibotti, Ema (2000) Del habitante al ciudadano: la condición del inmigrante. En: Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites. (1880-1916) Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Tomo V.



Entre 1890 y 1912, el círculo gobernante no halló una solución política adecuada para incorporar a la población que crecía rápidamente. Pero a comienzos del siglo XX, se advirtió en los círculos gubernamentales una preocupación por la anomia y la marginación del sistema político de amplios sectores sociales de creciente peso.

En la búsqueda de caminos para ampliar la participación en la actividad política, pero sin comprometer radicalmente al régimen, el Ministro del Interior Joaquín V. González, propuso en 1902 un nuevo sistema electoral, que permitió el acceso del primer diputado socialista a la Cámara de Diputados, Alfredo Palacios, proveniente de la Boca, en el año 1904. Un cambio importante se operó en 1912 al aplicarse el derecho al voto universal (masculino) de acuerdo con la Ley Sáenz Peña.

No obstante, una parte considerable de la población se mantuvo al margen de las decisiones políticas: sectores rurales excluidos por su mismo aislamiento, y una parte importante de sectores urbanos, con extranjeros de las capas populares y estratos medios. A estas formaciones que no podías traspasar las vallas de la política partidaria y electoral, les quedaba la posibilidad de actuar como grupos de presión, principalmente en los terrenos económicos y en los aspectos gremiales, articulando intereses sectoriales e incorporándolos a la sociedad. Es así como surgieron las sociedades obreras y sus luchas de finales del siglo XIX y principios del XX.

Desde la década de los 80, la élite gobernante profundizó el modelo económico con el desarrollo de una política cuyo eje central fue la expansión agrícola. Veamos algunos datos que atestiguan nuestras afirmaciones: la superficie cultivada se expandió de 2.184.953 hectáreas en 1888, a 19.828.250 en 1914. (Cortés Conde: 52) Esta expansión de la agricultura cerealera, al amparo del ferrocarril y orientada hacia el principal centro de comercialización, la ciudad puerto de Buenos Aires, dio sustento a la economía agro-exportadora de la región pampeana.

HISTORIA SOCIAL ARGENTINA

La agricultura sobre la base del arrendamiento se asoció entonces a la ganadería de alta mestización, destinada a los frigoríficos de capital británico que se instalaron en Buenos Aires en 1883. Es la presencia del frigorífico, con su carácter monopólico, la que erradicó los saladeros fuera de su área de influencia y transformó la típica estancia pampeana, promoviendo el proceso de desmerinización, valorizando el vacuno, diversificando la producción ganadera y sectorizando a los ganaderos en criadores e invernadores. El valor de la tierra aumentó y los altos precios internacionales pagados por los cereales indujeron una progresiva independencia de la agricultura respecto de la ganadería. La cerealicultura adquiere significación propia en el conjunto de la economía y en la balanza comercial del país, además de convertirse en un sector dinámico en la demanda de fuerza de trabajo. (Girbal:18)



Las inversiones del capital extranjero, como señalábamos anteriormente, fueron agentes dinamizadores de la economía nacional. Las inversiones del Imperio Británico en empresas por acciones de Argentina, que antes de la presidencia de Roca llegaban a una suma de alrededor de 25 millones de libras, habían aumentado en 1885 a 45 millones, y en 1890 sumaban 150 millones. Cabe destacar que en 1889, Argentina absorbió entre el 40 y el 50% de todas las inversiones británicas hechas fuera del Reino Unido. Como señala Panettieri, las perspectivas de las inversiones no eran en otras partes del mundo tan halagüeñas como en el hemisferio Sur. Aquí las inversiones determinaban un aumento de la producción y ésta un incremento de las ventas, que entre 1886 y 1889 alcanzaban holgadamente para cubrir los desembolsos de capital y salarios, dejando además un saldo atrayente para los inversores y especuladores. Este flujo de capitales, destinado en gran parte a inversiones en capital social básico, impulsó durante este período la actividad económica de Argentina y estimuló el desarrollo agrícola del país.

Ahora bien, la formidable expansión iniciada a partir de los años 80 no hubiera sido posible sin una coyuntura mundial favorable. La economía argentina se benefició por la caída de los precios del transporte marítimo, debido a las mejoras técnicas introducidas en la construcción, y el funcionamiento de barcos oceánicos, en especial barcos de vapor construidos con acero. Esta caída de los precios de los fletes marítimos, se produjo en el preciso momento en que las exportaciones de cereales argentinos comenzaban a aumentar en forma acelerada. Dadas estas condiciones, los precios de los productos de la exportación aumentaron constantemente. Este momento de prosperidad, que alentó la ilusión de continuidad por tiempos indefinidos, fue acompañado por un progresivo endeudamiento como consecuencia del abuso del crédito externo.

Una gran parte del dinero circulante fue canalizado hacia una especulación desmedida. De pronto, a partir de 1888 los precios de exportación comenzaron a bajar rápidamente, en tanto los de los productos importados subían o se mantenían constantes; comenzando a notarse que no había suficiente dinero para pagar lo que se compraba al extranjero ni tampoco la había para pagar las deudas que se habían contraído. Los servicios de la deuda fijados contractualmente eran muy altos y pagaderos en oro o en libras esterlinas, en tanto que debido al incremento de la inmigración aumentando también la importación de bienes de consumo. Mientras los préstamos del exterior fueron aumentando la oferta de moneda extranjera, la economía argentina no tuvo problema alguno en pagar la deuda y mantener o aumentar al mismo tiempo las importaciones; pero cuando estos préstamos disminuyeron y luego se interrumpieron, no hubo soluciones al problema y se precipitó la crisis. Es decir, como lo fuera en la década del 60 y lo sería una como constante posterior, la prosperidad argentina había estado basada en abundantes créditos externos. Las grandes inversiones de capitales europeos promovieron la prosperidad pero llevaron a la inflación y determinaron las crisis. El país compraba más de lo que vendía y de lo que podía pagar. Un gran saldo en contra se fue acumulando en la balanza comercial. Hasta que se cortaron los préstamos, el país siguió endeudándose, tratando de resolver el déficit de la balanza contrayendo más deuda. (Panettieri (b) 8-10)

La crisis del 90 como así también otras posteriores estuvieron estrechamente ligada a los problemas del sector externo, debido a la caída de los precios de las exportaciones y las enormes deudas con el exterior. Esto demuestra nuevamente que el saldo del comercio exterior es el que determina las épocas de auge y de depresión en Argentina. La dependencia de la economía nacional también puede comprobarse dado que el país no controlaba los precios de los productos que vendía, porque estos precios dependían exclusivamente de las

condiciones del mercado internacional y eran el resultado del acuerdo de un pequeño número de compradores con gran poder económico. La recurrencia de las crisis y las medidas implementadas para superarlas demuestran la vulnerabilidad de la economía argentina, y en particular sus impactos en las diferentes clases sociales. Permite describir las características centrales de esta matriz de relación establecida con la estrategia agro-exportadora: los efectos de la crisis la han de sufrir los sectores más débiles de la población, es decir, los trabajadores y sus familias.

La emisión monetaria siempre fue útil a los gobiernos para cubrir los recurrentes déficits de las rentas aduaneras, principal rubro de recaudación fiscal. La brusca baja del papel con respecto al oro facilitó la resolución de las crisis económicas, permitiendo a los deudores saldar sus obligaciones previas con billetes nominalmente iguales a lo adeudado, pero con menor poder adquisitivo. Entonces, los precios de las mercaderías se ajustaron rápidamente a los nuevos tipos de papel, y además se lucró con ello exagerando los efectos a la baja, mientras los salarios y los sueldos tardaron en elevarse al nivel anterior a la desvalorización. Juan Álvarez escribe:

“Depreciar el papel en un país como el nuestro, donde la moneda metálica sólo circula por excepción, significa herir en primer término a cuantos viven de sueldos o salarios, disminuyendo sus entradas en provecho de los comerciantes o propietarios que venden a oro en el exterior, los productos de la tierra” (Álvarez 43)

Bibliografía utilizada

Álvarez; Juan. Las guerras civiles en Argentina, Buenos Aires: Librería y editorial de la Facultad, 1936

Botana, Natalio: El orden conservador. la política argentina entre 1880 y 1916. Buenos Aires: Sudamericana, 1977.

Cortés Conde, Roberto. El progreso argentino 1880-1914. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1979.

Devoto, Fernando. Historia de la Inmigración en la Argentina. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2003.

Gallo, E. y Cortés Conde, R. Argentina. La república conservadora. Buenos Aires: Paidós, 1995.

Girbal-Blacha, Noemí. Ayer y hoy de la Argentina rural. Gritos y susurros del poder económico. Buenos Aires: Red de Editoriales de Universidades Nacionales, 2001.

González, Ricardo. Los obreros y el trabajo. Buenos Aires, 1901. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984

HISTORIA SOCIAL ARGENTINA

Panettieri, José.(a) Argentina. Historia de un país periférico. 1860-1914. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1986.

Panettieri, José.(b) La crisis de 1890. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984.

Panettieri, José.(d) Los trabajadores. Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968.